

Los rituales de KUKHA

Mery Carvajal

EDITORIAL
UCR

Los rituales de KUKHA

Mery Carvajal


EDITORIAL
UCR
2019

863.5
C331r

Carvajal, Mery. Seud., 1962-
Los rituales de Kukha / Mery Carvajal.
-1. edición- Costa Rica: Editorial UCR, 2019.
ix, 81 páginas: ilustraciones
ISBN 978-9968-46-745-2

1. NOVELA COSTARRICENSE.
2. LITERATURA COSTARRICENSE.
I. Título.

CIP/3322
CC.SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2019.

Editorial UCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Mercedes Villalobos C.* • Revisión de pruebas: *Pamela Bolaños A.*
Diseño, diagramación y control de calidad: *Everlyn Sanabria R. y Grettel Calderón A.*
Diseño de portada: *Boris Valverde G.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: enero, 2019.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

Contenido

Zafarrancho escolar	1
A patita pelada.....	11
Ritual con el abuelo	21
Las Margaritas.....	27
La magia.....	33
Remembranzas	41
Visita al abuelo	47
El Tribunal de Ética	53
Idas a la biblioteca	61
Pruebas finales	69
Premio de graduación	75
Acerca de la autora	81



ZAFARRANCHO ESCOLAR

Kukha se acurrucó en su cama y empezó a toser fuertemente “ukú, ukúú..., ukúú”, todo con un objetivo: llamar la atención de su madre, pasar por enferma y poder así faltar una vez más a la escuela.

La chica tenía temor de regresar al aula, enfrentar a su maestra y recibir el castigo que, a su juicio, tenía bien merecido después de su último zafarrancho escolar. Fue tal el caos que había ocasionado que aún retumbaban en su cabeza los ruidos de su último conflicto, en el cual había cometido miles de disparates en un decir amén.

Mientras los temores y las dudas bullían en su mente, Kukha inició otra oleada de tosidos. Esta vez, por supuesto, más estrepitosos y sonoros: “Ukúú, ukúú, ukúú...”.

Afuera, en el pasillo cercano a su habitación, ya se escuchaban las voces de su madre llamándola:

—Kukhiita... Kukha, despertá... Es hora de ir a la escuela... Kukha..., vas a llegar tarde.

Ante la falta de respuesta, doña Lily ingresó al cuarto de su hija para saber qué pasaba. Al sentir su presencia, la niña se encogió para arrollarse más en sus cobijas, como quien busca abrigo y protección.

La madre le tocó la frente; la sintió caliente.

—¿Te sentís mal, mi niña?

—Sí, mami, creo que tengo mucha fiebre y tos: ukúú, ukúúú
—respondió la chica, ni lerdá ni perezosa, mientras forzaba cada vez más sus cuerdas vocales.

—Bueno, hoy no irás a la escuela. Eso sí, espero que la próxima semana estés bien para regresar a clases; ya no debés faltar más. Además, durante todos estos meses has causado muchos problemas. Ya son muchas las quejas recibidas. Tu maestra dice que sos una insolente, que le faltás el respeto casi siempre, y, para peores, que no trabajás bien en clase, pues te la pasás peleando con tus compañeros. Cada día te entiendo menos, mi hijita. ¿Qué es lo que pretendés con esa actitud, Kukha?

La señora se mantuvo al frente de la cama en espera de una respuesta, pero, al ver a Kukha dar media vuelta y cubrir su rostro con su cobija, comprendió que su hija quería evadir la realidad; no le interesaba responder sus interrogantes. Un poco triste, se encaminó hacia el pasillo que comunicaba los dormitorios con el resto de la casa mientras decía:

—Voy a traerte una limonada con unas aspirinas, pero tenés que meditar sobre tu conducta escolar y mejorar ese carácter, sino vas a perder el curso lectivo y eso sí que no lo voy a poder

soportar... Necesito que terminés de una vez por todas con esos juegos. “¡Ah...! Definitivamente esta chica sacó el mal genio de su abuelo, ese viejo loco del Látigo Ortega”, pensaba.

Kukha se sintió aliviada de conversar con su madre, puesto que aún no tendría que enfrentar a la maestra, quien –supuso– estaría furiosa con ella. Entonces, se acurrucó más en las cobijas. Sintió un calor rico en todo el cuerpo y, como por arte de magia, su malestar se alivió. Sin embargo, sus pensamientos no eran tan apacibles. Su mente era un caos total: allí fluían miedos, dudas, rencores, ira, dolores y más. Trataba de encontrar el porqué de sus sobradas travesuras, sus berrinches, sus cambios bruscos de humor y sus faltas constantes tanto en su vida escolar como personal.

¿Por qué será que cada vez cometo más tonteras en la escuela...? Lo peor es que no sé en qué momentos meto la patota. Hago muchas cosas feas, aunque no quiera hacerlas: les pego a mis compañeras y después me arrepiento; digo mentirillas y palabrotas que no quiero decir e irrespeto a los adultos; falto a mis deberes escolares... Es tan raro todo esto; me gustaría ser una buena estudiante. Lo que más me preocupa son mis cambios de humor. Es tan extraño todo. De pronto siento eso que me sube y bombardea todo mi cuerpo. Siento que la sangre me corre acelerada y hasta que se me van a reventar las venas. Lo peor son esas punzadas terribles en mi cabeza... pareciera querer estallarse.

La pequeña dio varias vueltas en la cama buscando comodidad. Al final se acurrucó en posición fetal y se cubrió hasta la cabeza como quien quiere buscar refugio. Pero ¿de quién querría protegerse Kukhita?

Una vez que se sintió más relajada, trató de recordar los sucesos del día anterior en la escuela. Tan solo tenía memoria de estar en clases, luchando por ser una buena estudiante. Se había propuesto controlar más esas emociones suyas tan cambiantes que pasaban de un polo al otro en tan solo segundos. Era extraño: Kukha iba del estado de paz y tranquilidad al de la ira y la violencia; de la alegría a la tristeza; del optimismo a la apatía; de la confianza al miedo, y todo ocurría en un santiamén. Lo peor del caso era que ella nada podía hacer; era como si, por instantes, una fuerza superior la dominara... como si todo su ser se saliera de control.

Kukha Ortega, a quien por cariño su familia llamaba Kukhita, cumpliría pronto sus trece años y, al parecer, con la edad también aumentaban sus dilemas. La chica estaba muy confusa: no podía entender sus vivencias ni lo que ocurría en su interior; en esa cabeza que a su juicio “*estaba patinando y reloca*”.

Pero, definitivamente, su último alboroto escolar había sido el acabose. Era la coronación espectacular de sus disparates. Ella recordaba a medias lo sucedido; tan solo le llegaban algunos leves destellos y por eso decidió que lo mejor era transcribirlo todo en su diario:

Hola, querido diario.

Aquí estoy de nuevo metida en tamaña bronca. Bueno, mejor te voy a describir todo en detalle para que lo puedas analizar. Claro, te soy sincera: te escribo lo que me acuerdo. El asunto es que estaba sentada y tranquila en mis clases de Artes Plásticas y, como bien sabés, en esas lecciones soy muy feliz, porque son mis clases favoritas. ¡Uff! Cuánto disfruto pintar y creo que no lo hago mal, pues la profe Meli siempre dice cosas bellas de mis dibujos; es más, hasta me ha puesto de ejemplo. Y es que pintar

me hace sentir tan... pero tan bien. La verdad me siento genial; hasta he pensado que de grande me fascinaría ser pintora, pero ¿qué dirían en mi familia...? Como siempre: “eso no es para mujeres; dejá de volar; aterrizá, niña; aprendé costura o cocina y dejá de andar en las nubes”.

En su rostro se dibujaban sonrisas de satisfacción y dulzura al recordar ese día cuando entregó su trabajo de arte y, una vez más, la profesora le dijo: “Kukha, definitivamente tenés alma de artista. Sos muy buena en lo que hacés”.

Pero, claro, como siempre, las compas se pusieron ponzoñosas... No pudieron esconder su cochina envidia y las muy hijueputas empezaron a molestarme: “Kukha peluca, Kukha peluca... Kukha peluca...”.

¡Uff! ¡Qué cólera! Yo traté de ignorarlas y controlar mis pensamientos de ira para no dejarme llevar por ese ataque de furia que se me empezó a desatar. Dios sabe que luché, luché y luché..., pero las burlas cada vez eran mayores: “Kukha peluca, Kukha peluca, Kukha peluca... Kukha peluca...”.

¡Oh, Dios! ¡Vos sabés cuánto peleé contra mis demonios! Intenté concentrarme en la conversación de la profe, pero ellas seguían con sus majaderías; las muy cabronas no paraban el rollo. Entonces, una vez más volvió ese algo caliente que invadía mi cuerpo y me subía por todo mi ser hasta llegarme a la cabeza. Sentí de nuevo esa gran presión, los cosquilleos y esa voz interna... Sí... eran esos terribles demonios...

¡Uff...! Fue horrible. Esos monstruos feos estaban allí una vez más y se apoderaron de mí; no dejaban de decirme:

“Adelante, Kukha, adelante... ¡Defendete, defendete, defendete...! Adelante, vos podés con ellas... No seas pendeja, Kukha. ¡Vamos, Kukha...! Vos podés con ellas”. Poco después, ya no pude más y ¡PUUIMMM! exploté: tomé la regla de madera del escritorio de la profe y empecé a golpearlas.

¡Ajajay...!, aquello fue tan rico. Se lo tenían bien merecido, esas boludas.

Claro, de pronto aquel taller de arte era todo un despelote. Recuerdo que tan solo se escuchaban sus gritos y sus carreras para esquivar golpes: ¡ploom, plooff, ploomm...!

—¡No, nooo! ¡Cuidado!

—¡Ay, ay!, ¡no, nooo...! ¡Noo, Kukha, por favor! ¡Noo!, ¡ayy! ¡Plon, plaff, plaff...!

—¡Noo... nooooo!, ¡ahhh... ahhh...!

Fue tal el desmadre que le di tamaños garrotazos a Anita, la pobre... Y pensar que ella es la más buena nota de todas. Apenas pueda le pediré disculpas; ojalá no se enoje conmigo porque creo que es la única amiga que tengo en la escuela.

La verdad ese zafarrancho que armé fue tamaña bronca. Ahora sí que la cagué; creo que me voy a quedar. Y ahora, quién aguanta a la vieja de la maestra. ¡Qué mierda! Tamaño castigo me va a poner. Con la profe Meli sé que no tendré tanto tanate porque ella es buena onda, pero la vieja zorra de la maestra de mi clase, la loca esa de Marta cerote de a cuarta, con esa sí que no saldré bien parada.

Creo que a muchas les dejé los ojos bien moreteados. ¡Ay!, a la boluda de Nory le dejé la cara bien marcada, pero ¡qué rico me supo! Esa gorda metiche es la más cabrona

y no sé por qué, pero yo le caigo en los puros huevos... o, mejor dicho, en los puros ovarios. Gorda, fea, grasienta... Se lo tenía bien merecido.

Claro, cuando ya me bajó toda la carajada y me di cuenta del alboroto que había armado, del broncón en el que me metí... ¡Uff...! Aquello era un verdadero ring de lucha libre. Yo parecía Hanna Gabriels volando reglazos, je, je, je... Pero qué mala nota con la profe Meli.

Y lo peor fue mi reacción, pues, claro, cuando me di cuenta del despelote que había armado, sí, cuando me bajó la presión y salí del trance, volví a mi estado normal. ¡Ay! Qué tortón cuando recobré la tranquilidad y miré aquella clase, aquel caos que había ocasionado, y pensé en mis notas, en mi mamá, en mi papá, en mi imagen, que para peores ya está tan manchada... ¡Uff! Eso fue brutal.

De pronto me sentí como atrapada; casi me vuelvo loca cuando vi aquel zafarrancho. Recuerdo que lo único que se me vino a la cabeza fue recoger los tiliches y tirarlos en la mochila. Y, por supuesto, correr y correr, aunque ni sabía para dónde iba.

Cuando llegué a la puerta, miré atrás y vi la gran metida de pata que me había dado. Entonces, corrí y corrí por los pasillos de la escuela hasta que llegué al portón de salida y luego seguí corriendo como loca; parecía galopar, más bien. Atravesé el parque y tomé la calle que lleva a mi casa, pero pasé al frente y no pude detenerme. El pánico se había apoderado de mi persona. Corrí y corrí hasta llegar al cementerio y tan solo allí sentí paz.

Me senté sobre la fosa de mi viejito y respiré profundo, pese al gran miedo que me inspiran las ánimas muertas; me ponen la carne de gallina, pero, bueno, al fin pude

recuperar la calma, volver a mis cabales y, una vez más, hablar con abue:

Abuelito querido, ayudame, por favor. Yo sé que vos sos el único que me puede entender. Aunque todos te malquieren y digan siempre que eras un viejo loco, yo sé que no es cierto. Sí, definitivamente, vos eras el único que me quería y me entendía.

Desde que te fuiste me siento tan triste y sola, Látigo Ortega. ¡Ah!, cómo me gusta decirte así. Yo sé que a todos les da temor pronunciar tu nombre, porque sienten que eras la oveja negra, pero a mí no; me encanta llamarte con ese apodo que tanta fama te dio, abuelito. Ese que te ganaste a tanta honra en las múltiples batallas que diste, tanto aquí en la villa como allá en el vecino país del norte, cuando te fuiste a apoyar la causa sandinista; a tu gente.

¡Ay, abuelito! Tantas luchas que diste en Nicaragua y, luego, mis tíos y papá tan metidos en la Revolución... Todo por ayudar a una buena causa. Y, ¿para qué?

Al parecer, todo está tan mal por allá. Dicen que es un desmadre y qué mejor prueba que la gran mayoría de nicas que se vienen para acá en busca de mejor suerte. Vieras cómo han emigrado... Los encontrás en todo tipo de trabajos, lugares y actividades. Dicen que la situación económica está fea allá...

Pero, mejor cambiemos de tema. En realidad, lo que me trae por acá es otro asunto, abue. Estoy aquí por algo muy personal y clave: mi vida escolar.

Sabés, ya estoy en sexto grado. La verdad, no sé ni cómo he podido llegar hasta acá si la mayor parte del tiempo me la paso peleando con las maestras y mis compañeritos.

Yo no sé qué me sucede. Soy tan colérica. Creo que tengo tu mismo carácter. Mami me lo dice a cada rato: "Mi hijita, heredaste el difícil temperamento de tu abuelo. Sos tan cabezona y peleona como él".

Abue... ¿Será cierto que el carácter lo puede traer una al nacer y que esto definirá tu personalidad? Qué cosas más raras, ¿verdad? O sea, al parecer estoy atrapada y sin salida por esa ciencia rara llamada genética.

Abuelito, por favor, ayudame. Estoy en tamaños embrollos y muy necesitada de apoyo.

A ratos siento que ya no puedo más. Es extraño... Yo quiero ser una buena chica, una buena hija y una buena estudiante, pero... no sé; pareciera que esos genes tuyos me lo están impidiendo, sí, los de mi ira y enojos...

Dice tu hijo, papá Ernesto, que, de seguir así, no iré al colegio; que apenas obtenga el cartón de la primaria me deja en casa ayudando a mi madre y punto. O sea, todo acabará para mí. Y mis sueños y mis proyectos... ¿Qué?, ¿dónde quedan?

¡Ay, abue! Como ves, estoy mal, pero bien mal. ¡Qué torta! El asunto se puso feo. Creo que necesito tu apoyo. Sí, tenés que buscar la forma de ayudarme. Recordá que siempre dijiste que yo era tu chica predilecta... Y la verdad, yo quiero ser mejor persona, mejor estudiante, mejor hija y más..., pero no entiendo qué me pasa.

¡Ah!, y sea donde sea que estés, espero que la pasés muy bien. En realidad, no sé qué me sucede. ¿Te acordás cuando entré a primer grado? Era una alumna modelo. Hasta me gané el cuadro de honor que te regalé en tu cumpleaños, mi viejito lindo.

*Luego... sin son ni ton... te me fuiste, abuelito... ¿Por qué?
Si yo te quería y necesitaba tanto...*

*Definitivamente esta vida es extraña; es todo un misterio.
A ratos me enojo con Dios por haberte llevado lejos. No es
justo para mí; yo sin vos me siento sola y perdida.*

La chica parecía haber hecho ya su catarsis. Mientras trataba de disfrutar su estadía en reposo y el dulce calor de las cobijas, se prometió a sí misma que el lunes regresaría a clases, enfrentaría a la maestra, pediría las disculpas del caso y lucharía, una vez más, por concentrarse más en su mundo escolar. ¡Ah!, y muy importante, mejoraría su conducta, y, ¿por qué no?, iba a superar también sus notas para darles una sorpresa a todos. Quizá así podría ir al cole, y tal vez hasta a la universidad.

Plasmar sus últimas aventuras en su diario le habían aclarado mucho sobre el dilema: era todo un ritual para ella.

Acerca de la autora

Elsy María Carvajal Chavarría (Mery Carvajal, pseudónimo) nace en Villa Colón (Ciudad Colón) en 1962, lugar donde crea sus personajes literarios y sus historias.

Se graduó de periodismo en la Universidad de Costa Rica, y por más de treinta años se ha desempeñado como comunicadora social. Fue premiada por la UNICEF por su trabajo en pro de la infancia, sector que aborda, de manera autodidacta, desde diversos temas educativos: déficit atencional, inteligencias múltiples, hiperactividad, terapia del lenguaje, dislexia.

Desde hace 15 años se dedica al proceso literario. Su primera novela biográfica recibe el nombre de *Mi ángel terrenal: un regalo de amor*, la cual relata una odisea sobre la vida maternal donde la escritora descubre que ser madre es toda una profesión, de allí su interés en la motivación de otras madres con su charla “Abrazando la vida”.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Los rituales de XUKHA

Una niña se siente atrapada en un laberinto: incomprendida por el sistema educativo, por su familia y por todos quienes la rodean. Ella considera que no hay esperanzas hasta que decide iniciar sus propios rituales: monólogos dirigidos a su abuelo fallecido, soliloquios, encuentros con la naturaleza, los cuales parecen ser su catarsis ante el dolor y la intolerancia.


EDITORIAL
UCR

ISBN 978-9968-46-745-2



9 789968 467452